CUADERNOS COMUNISTAS

LAS INTERNACIONALES OBRERAS I Y II

Nº 4

LA PRIMERA INTERNACIONAL

La aparición del proletariado, como principal producto del modo de producción capitalista, transformará radicalmente la sociedad burguesa del siglo XIX. La existencia de una clase social que se ve obligada a vender lo único que posee (la fuerza de su trabajo) para subsistir, lo que la convierte en más explotada y en la más necesariamente revolucionaria, llevará al enfrentamiento entre las dos clases antagónicas por antonomasia: la burguesía y el proletariado.

Tras las primeras reacciones infantiles y desesperadas (destrucción de máquinas, quema de fábricas, etc.), la clase obrera irá tomando conciencia de su situación de explotada y verá la necesidad de destruir los mecanismos del estado capitalista como única forma para llegar a su emancipación. Este cambio será teorizado de muy diversas formas, utópicas unas, infantiles las más, pero que sin embargo llegaron a tener gran audiencia entre el desorganizado y reprimido proletariado europeo de mediados del siglo XIX. Tan dispares y contradictorias eran estas tendencias que para hacer comprender la racionalidad y veracidad del socialismo científico, Marx y Engels tuvieron que emplear gran parte de sus esfuerzos en la lucha ideológica contra desviaciones que, o bien apartaban al proletariado de la lucha de clases, o bien lo lanzaban hacia un seudo-revolucionarismo suicida.

Al constituirse la Primera internacional, en 1864, tres eran, principalmente, las tendencias que predominaban en el movimiento europeo: proudhonismo, blanquismo y tradeunionismo.

Las doctrinas de Proudhon están llenas de las contradicciones, vacilaciones y lagunas propias de su formación autodidacta, en las que queda bien patente a la clase a la que en el fondo defiende: la pequeña burguesía. En Proudhon se insinúa desde la abolición de la autoridad (desaparición del estado) hasta que la propiedad es un robo, pasando por la necesidad ineludible para el proletariado de establecer un sistema de alianzas con las demás clases explotadas (pequeña burguesía, campesinado, etc.). Partiendo del principio de que la clase obrera debía rechazar toda participación activa en la vida política burguesa, proponía como único medio para acabar con la explotación capitalista el cooperativismo mutualista. De este modo Proudhon, que ignoraba la real fuerza y el papel represivo del estado burgués, consideraba como posible el acabar con la explotación capitalista gracias a la "neutralidad" de los poderes estatales y al "juego limpio" de la burguesía. Esto significaba negar la necesidad de la lucha de clases, negar la necesidad de que el proletariado se agrupase a nivel sindical y político, y de participar en las luchas políticas por la toma del poder. Los proudhonianos no creían en la potencia revolucionaria de un proletariado organizado, y al mismo tiempo rechazan la organización de éste a escala global mostrándose sólo partidario de la agrupación de los obreros cualificados. Rechazaban el ataque directo al sistema capitalista

(huelga boicot, etc.) sin embargo no negaban la necesidad de utilizar la violencia (enunciada tan sólo en teoría) en momentos de crisis, como en 1848 en Francia, pero siempre y cuando hubiera posibilidad de iniciar un proceso revolucionario desde abajo, sin que fuera instrumentalizado por "políticos": eran de un obrerismo estrecho y apocado.

Con esta mezcla de ideas pequeño-burguesas, utópicas y anarquizantes (Proudhon habla del estado como institución contrarrevolucionaria por naturaleza), que van de creer en la buena fe del estado burgués a atacar sin piedad a los "socialistas autoritarios" y a creer en el "derrumbe pacífico" del capitalismo, lograron extenderse por diversos países europeos (Francia, Bélgica). Pero con el fracaso de todos los intentos mutualistas y la agudización de la crisis política y económica a fines de la década de los 60, que dió lugar a importantes movimientos huelguísticos en estos países, el prohudonismo quedó desacreditado y superado, y las ideas difundidas por la Primera Internacional fueron adoptadas por las organizaciones obreras surgidas tras estas luchas.

Casi desaparecido el proudhonismo, parte de sus ideas fueron recogidas por movimientos obreros de signo católico y reaccionario que, con apoyo de la patronal y con el beneplácito del estado, pretendían llevar las reivindicaciones proletarias por los cauces legales (lucha dentro del sistema) y por otras tendencias legalistas e integradoras que pretendían encorsetar a la clase obrera para someterla a una legalidad forjada por la burguesía capitalista con el fin de castrar las aspiraciones proletarias.

El blanquismo era el reverso de la moneda. Blanqui marca la transición del neojacobinismo de izquierdas, o radicalismo pequeño-burgués, a la revolución proletaria. Para él la insurrección popular debe ser organizada y dirigida por una minoría de agitadores politizados que serían los que establecerían una dictadura popular encargada de desposeer a los ricos y construir una sociedad comunista. Blanqui no creía en la organización del proletariado como principal vehículo para la revolución, juzgaba que la clase obrera no estaba en condiciones de organizarse y mucho menos de dirigir el proceso revolucionario. Debían ser este grupo de "políticos" los que debian llevar la revolución a las masas, y los que luego tomarían el poder en beneficio de la mayoría oprimida e inculta. No se planteaban la posibilidad de establecer un sistema de alianzas con otras clases explotadas; tan sólo el proletariado y su minoría conductora serían los beneficiarios de la toma del poder.

El voluntarismo de esta minoría, la exaltación de la violencia revolucionaria, hacen de Blanqui uno de los principales teóricos del izquierdismo infantil que cree en la fuerza del ejemplo y en el espontaneísmo de las masas. Sin embargo el blanquismo aportó una serie de valores positivos que serán asimilados por el movimiento obrero socialista: la necesidad de la lucha política de clases para la emancipación proletaria; la necesidad de una minoría consciente (aunque en Blanqui estuviera desligada de las masas), la organización de un ejército revolucionario, etc.

La influencia del blanquismo queda bien patentizada en la proliferación de grupúsculos izquierdistas incapaces de emprender la árdua tarea de organizar el proletariado desde la base e ir progresando política y

y organizativamente hasta aprovechar la coyuntura más favorable para forzar un proceso revolucionario y, bajo la dirección de su vanguardia más consciente, ir hacia la toma del poder. Ellos prefieren la infantil y desesperada huída hacia adelante bajo la excusa de que no existen condiciones adecuadas para organizar al proletariado o, lo que es aún peor, que no es necesaria esta organización ya que las masas, que están en permanente situación revolucionaria, les seguirán en cuanto se lancen a la calle.

El tradeunionismo era sin duda alguna la tendencia que contaba con mayor influencia dentro del movimiento proletario. La clase obrera inglesa había conseguido lo que ninguna otra en el mundo, estar organizada en potentes sindicatos: las Trade unions. Este primer paso confería a la clase obrera inglesa el calificativo de pionera en la historia del movimiento obrero y la hacia ser tomada como ejemplo y guía por la de otros países industrializados. Sin embargo, este sindicalismo era corporatista, ya que sólo incluía a los obreros cualificados y excluía al peonaje. Este corporatismo y la clara situación de privilegio político y social (mayores libertades democráticas y grado mayor de desarrollo industrial) en comparación con la del proletariado del resto de Europa, hizo que el tradeunionismo inglés fuese perdiendo el claro carácter político de su primera época para derivar en un movimiento fundamentalmente reformista en el plano económico y en el político sólo preocupado por la ampliación del derecho de sufragio y por el reconocimiento y extensión de los derechos sindicales. Sin embargo las conquistas de la clase obrera inglesa no habían sido pacíficas y quedaban aún sectores partidarios de la prosecución de la lucha de clases para acabar con la explotación capitalista. Además, la experiencia de las luchas emprendidas por el proletariado inglés serviría de mucho a la clase obrera continental que aún a nivel sindical estaba deficientemente organizada.

Tal era la situación, en líneas generales, de la clase obrera europea cuando en 1864 se funda en Londres la Asociación internacional de trabajadores, más conocida por Primera internacional. En el manifiesto inicial, redactado por Carlos Marx aparece ya una clara crítica al proudhonismo y una advertencia ante los peligros del sindicalismo.

Marx afirma que la acentuación de la explotación de la clase obrera por parte de la burguesía hace necesaria la organización de sindicatos obreros ya que éstos son el arma más idónea para actuar como centro de resistencia frente a los desafueros del capital. Sin embargo, hasta puede fallar esta lucha defensiva cuando los sindicatos, en vez de orientarse a un enfrentamiento constante con la patronal, cuyo resultado principal sea el aumento de la combatividad, de la organización de lucha y de la conciencia de clase de los trabajadores, sólo buscan la negociación sistemática, la conciliación ante todo. Y esto ocurre si no existe una dirección política comunista, cristalizada en una organización de vanguardia, el partido, o si esta organización degenera, deja de representar los intereses generales de la clase obrera, no dirige cada lucha parcial en función de la transformación revolucionaria de la sociedad.

Esta transformación, que significará la total emancipación proletaria, deberá ser obra de los mismos trabajadores y sólo podrá venir por medio de la lucha de clases especialmente de la lucha política de clases, esto es, con la destrucción del estado de las clases dominantes y con la toma del poder político por el proletariado.

Para conseguir esto es necesaria la unión de la clase obrera, y no sólo de la clase obrera de un país concreto; la organización proletaria debe ser a escala internacional (internacionalismo proletario).

Finalmente, Marx propone la formación de una asociación de carácter internacional de todas las organizaciones de masas de la clase obrera para que, por medio de la lucha de clases (huelga, boicot, insurrección armada, etc.), se creen las condiciones para la destrucción del estado burgués y la construcción de una sociedad sin clases.

Desde el Consejo general de la A.I.T. (Asociación Internacional de Trabajadores), Marx fue elaborando las líneas generales que informarán a la Internacional. Se distinguirá entre las reivindicaciones más inmediatas, tanto políticas como sindicales, y los objetivos mínimos (construcción de organizaciones de masa de la clase obrera). Sin embargo los enfrentamientos con los proudhonianos son constantes; cuando en 1866 Marx propone la necesidad de la construcción de una vanguardia proletaria, que no sea más que la parte más consciente de las organizaciones de masas y que éstas incluyan en su seno a toda la clase obrera, y cuando propone la simultaneidad de la lucha económica y de la lucha política, la utilización de los medios legales y los ilegales, y la necesidad de la toma del poder para la total emancipación, entonces los proudhonianos reaccionan con argumentos tales como que ésto sería caer en un autoritarismo nocivo (instrumentalizador), que la utilización de la violencia no arreglaría nada, etc. En su purismo irracional llegaron a argumentar que debían rechazar todo intento de mejora salarial o de condiciones de vida que fuese concedida por la burguesía porque esto conduciría a la integración y al reforzamiento del sistema capitalista. Igualitos que los obreristas infantiles de hoy día para los que la clase obrera está ya integrada en la sociedad capitalista y ha perdido la potencia revolucionaria de antaño.

Sin embargo, las tesis de Marx fueron abriéndose camino sobre todos sus oponentes y la Internacional fue habiéndolas suyas: se aprobó la necesidad de que la clase obrera participe en la lucha política con un partido de clase, su vanguardia política; la socialización (frente al cooperativismo proudhoniano) de los medios de producción de la sociedad futura, etc.

Pero pronto surgió como heredera del decrépito proudhonismo, una nueva tendencia mucho más importante, agresiva y atrayente por su infantilismo revolucionario: el anarquismo bakuninista. Bakunin partía del escaso conocimiento que tenía del sognificado de la lucha sindical que en pro de mejoras salariales y de condiciones de vida, de unas libertades políticas y de una legislación social, llevaban las organizaciones proletarias de los países más industrializados de Europa. Para él, que tan sólo conocía a fondo la condición de las clases populares de países no industrializados y sometidos a una feroz autocracia (la Rusia zarista y la Europa del Este) o la pecu-

liar situación del "artesanado industrializado" de Suiza; la lucha sindical, y el mismo sindicato obrero en sí, no tenían razón de ser. Se debía ir hacia una sociedad igualitaria, colectivista y antiautoritaria, no por medio de la lucha sindical y política, que era el mejor sistema de integrarse en la sociedad burguesa, sino por medio de una acción casi espontánea de masas radicalizadas y sólo ligeramente encuadradas a un nivel muy bajo.

La pugna Marx-Bakunin fue una de las causas primordiales de la crisis de la internacional. Marx reprochaba a Bakunin su debilidad teórica, consecuencia de su desconocimiento casi absoluto de la realidad política y social de la Europa industrializada, que le llevaba a un precipitado espontaneísmo revolucionario en el que sin organización ni disciplina revolucionaria sin objetivos a corto y largo plazo, con táctica suicida y confusa estrategia sin desarrollar la consciencia revolucionaria de las masas se lanzaba a éstas con muy pocas garantías de éxito hacia una matanza segura. En el anarquismo bakuninista se encuentran diversos aspectos del proudhonismo y del blanquismo: el desprecio por la lucha sindical y política, un obrerismo a ultranza que no quiere saber nada de posibles aliados antiautoritarismo (todo poder es opresivo, el poder embrutece), exaltación de la violencia revolucionaria, y creencia en su absoluta validez en todas las coyunturas, etc.

El triunfo de las ideas bakuninistas en algunos países, y en particular en España, dió lugar, pese a todas sus limitaciones y errores, a una de las fuerzas revolucionarias más poderosas de la historia del movimiento obrero. Con el triunfo de la tendencia anarcosindicalista a principios del siglo XX, el movimiento obrero español conoció una etapa en la que una organización de masas, la C.N.T., emprendió la lucha revolucionaria más importante de su historia. Esta importancia viene dada básicamente por su alto contenido de clase, y por su enorme grado de unión y solidaridad obrera, por el enfrentamiento casi constante y sin tregua con el capital y sus lacayos estatales, y por la consciencia revolucionaria que dió al proletariado español. Sólo por esto, el anarcosindicalismo español debe ser tenido en cuenta como una fuente de grandes experiencias. Representó el sacrificio de miles de hombres que, aunque equivocados lo dieron todo por la emancipación del proletariado.

Las divergencias teóricas y tácticas entre marxistas y bakuninistas, la guerra franco-prusiana (que patentizó la inmadurez del internacionalismo proletario de aquel tiempo), el fracaso de la Comuna de París, en el que buena parte de los internacionalistas se dejaron arrastrar por el infantilismo revolucionario en unas condiciones nada propicias, y la represión burguesa de todo el movimiento obrero europeo, fueron las causas de la disolución de la Primera Internacional.

Uno de los principales reproches que se le han hecho es el de no elaborar una línea política global en la que se estableciese, aunque fuera en líneas muy generales, una política de alianzas del proletariado con las clases interesadas en la revolución, una caracterización más concreta sobre el papel de las organizaciones sindicales, sobre la lucha política y sus relaciones con la sindical, sobre el papel de la vanguardia política con respecto a la organización de masas, etc. Sin embargo este obrerismo de la internacional tiene una serie de explicaciones: para elaborar una línea política a escala internacional se de-

bía partir de una realidad política, (la existencia de unos cuadros y de unas organizaciones de masas), cosa que no existió apenas durante el período. La A.I.T. estaba compuesta por organizaciones de masas, no políticas, de muy diversa fuerza y combatividad. Además, las grandes diferencias políticas y sociales entre los diversos países de Europa hacían muy difícil elaborar una línea política general. Una táctica política y sindical y un sistema de alianzas posible para las Trade unions de la liberal Inglaterra, era totalmente impracticable para los perseguidos núcleos de obreros de la Francia del III imperio, o de la Alemania de Bismark, y ya no hablemos de Italia y España.

De este modo, aunque los errores más claros fueron los de tipo táctico (fallos de organización y de objetivos mínimos, falta de visión de la correlación de fuerzas, excesivo optimismo en el poder revolucionario de un proletariado de bajo nivel de consciencia, obrerismo estrecho, etc.), la experiencia de la Primera Internacional será de gran utilidad para las futuras acciones del movimiento obrero internacional.

LA SEGUNDA INTERNACIONAL HASTA LA CRISIS REVISIONISTA

La época de la Segunda Internacional que abarca aproximadamente de 1889 a 1914, se caracteriza en el plano económico por ser una fase de gran desarrllo capitalista en Europa occidental, y en el plano político por la gran expansión del movimiento socialista y de los sindicatos.

El desarrollo de las industrias básicas en los países más avanzados de Europa, la expansión colonialista que concluirá con la aparición del imperialismo y en inicio de una política "social" por parte de las potencias burguesas son factores de capital importancia que modificarán, a la larga, la táctica del movimiento obrero.

Siguiendo las últimas recomendaciones de Marx, tras la disolución de la Primera internacional, se tendió por parte de los principales cuadros socialistas a la construcción de partidos políticos a nivel nacional. Pese a que numerosos grupos proclamaban ser los únicos herederos del marxismo, finalmente preponderó el sector que proponía que la adaptación a las estructuras específicas de cada país debía determinar las particularidades de las organizaciones y el funcionamiento del partido. Éste debía ser, siguiendo el más puro espíritu marxista, el motor y dirigente, como vanguardia organizada de las fuerzas proletarias en la lucha por la sociedad socialista.

De este modo aparecieron grandes diferencias entre los distintos grupos socialistas de diversos países europeos. En Gran Bretaña las Trade unioms continuaron controlando la clase obrera y condicionando y coartando la implantación del socialismo a su estrecho reformismo sin que ningún grupo marxista lograra influir en ella. En Francia, el sindicalismo adoptó durante mucho tiempo una total independencia con respecto al socialismo. Sin embargo fue en Alemania donde apareció el más fuerte y activo movimiento obrero que habría de servir de guía ideológica, política y táctica al proletariado europeo.

El partido social-demócrata alemán (S.D.) se creó en 1875 por la fusión del grupo marxista obrero que dirigía Bebel y W. Liebknecht con el grupo lassalliano de la Asociación general obrera alemana. Su programa, el famoso programa de Gotha, fue criticado por Marx por impreciso, ambiguo confuso, y por sus evidentes influencias lassallianas: contradicciones como afirmar que "frente a la clase obrera todas las demás son reaccionarias" y luego incluír en el programa reivindicaciones también deseadas por la pequeña burguesía (sufragio universal, libertad de asociación y prensa, antimilitarismo, etc.); negativa a reconocer el internacionalismo proletario, graves fallos en el análisis de la economía capitalista (la famosa "ley de bronce" de los salarios, etc.).

La S.D. alemana aumentó enormemente su fuerza y junto a ella apareció un importante sindicalismo, agrupado ya en federaciones de industrias y no en los antiguos oficios, que estaba claramente en función de la táctica y estrategia socialista.

En principio la S.D. alemana, y los mismos Marx y Engels, se mostraron reacios a la construcción de la internacional por considerar que no se debía volver a un estadio político y organizativo ya superado, sino tender a crear poderosos y coherentes partidos socialistas en Francia y Gran Bretaña. La coyuntura política y económica de aquellos momentos hacía evidente que el advenimiento de la revolución proletaria no podía situarse en un próximo futuro. Y en un momento en que la mayoría de los movimientos obreros y socialistas de Europa estaban tomando un claro carácter de masas, lo inmediato era consolidarlos y adaptarlos a las condiciones nacionales propias en su táctica política, para así evitar caer en el esquematismo y en la falta de línea política de la Primera internacional.

Ya en la década de los ochenta, y evitada la dispersión de los marxistas por Engels, la pugna con diversas corrientes antisocialistas (el posibilismo de la izquierda pequeño-burguesa, el radicalismo vago y místico de los populistas) y el enfrentamiento con las diversas escuelas anarquistas (anarcocolectivistas y anarcocomunistas), para quienes la huelga general indefinida era el único medio de conseguir la emancipación, hizo que se buscara algún modo de agrupar a los diversos partidos socialistas de cara a enfrentarse contra estas desviaciones con los mismos criterios ideológicos y políticos.

Así se creó en 1889 la Segunda internacional, como federación de los partidos socialistas, con el objetivo de asegurar las relaciones internacionales entre el movimiento obrero europeo. El principio por el que se regía era sobre todo la no ingerencia en asuntos internos de los partidos, que conservaban su autonomía en materia táctica. Su papel sería así coordinar, ante la certeza del triunfo proletario, las diversas luchas obreras; discutir los problemas generales del movimiento obrero y llegar a soluciones políticas y a normas de acción.

Entre estas normas y soluciones políticas destacan: el recalcar la importancia de las reivindicaciones inmediatas, tanto económicas como políticas; reafirmarse en la necesidad ineludible de la toma del poder para conseguir la total emancipación -frente a la tesis anarquista de que la emancipación económica aseguraría la política-. La clara resolución de sólo admitir a los partidos y sindicatos que reconocieran la necesidad de la organización obrera y la lucha política. Esto llevó a la consagración de la preponderancia del partido como superior forma de organización y acción obrera y a la calificación del sindicato como escuela primaria del socialismo.

LA CRISIS REVISIONISTA

Las causas de la aparición del revisionismo son complejas y pueden ser sintetizadas así:

- Desarrollo sin precedentes, durante las dos ùltimas décadas del siglo XIX, de la economía capitalista. Superación de las pequeñas crisis económicas. Aparición de una economía de mercado mundial. El colonialismo y la pugna capitalista por el reparto del mercado mundial: el imperialismo.
- La situacióbn confusa en el plano político e ideológico del movimiento socialista que no encuentra respuesta a los nuevos problemas planteados por el imperialismo.
- La fuerza e influencia crecientes de los partidos y sindicatos, que tras desechar la antigua teoría mecanicista del derrumbe del capitalismo a causa de la sola agudización de sus contradicciones internas, en la práctica, echaron por la borda también la idea central de la teoría marxista de la revolución, es decir, la necesidad de la acción decidida de los revolucionarios para destruir el estado burgués, y, en consecuencia, variaron su táctica centrándose exclusivamente en la utilización de los medios legales: utilización del parlamento y de las elecciones para desencadenar campañas de agitación y propaganda; utilización de la huelga como medio legítimo de lucha sindical para conseguir mejoras inmediatas.

En esta situación, en la que se aprecian los primeros signos de degeneración política, el dirigente de la S.D. alemana, Bernstein, elaboró una serie de consideraciones sobre la política y la ideología que inspiraba a su partido que produjo una grave crisis en el movimiento obrero.

Para Bernstein la evolución de la sociedad capitalista en los ùltimos años del siglo había superado las teorías marxistas; convenía, pues, una puesta al día, una "revisión". El revisionismo atacaba a lo que calificaba de utopismo de la S.D. de construir por adelantado y de una forma mecanicista la imagen de la futura sociedad socialista. Para él el socialismo vendrá por la acumulación de pequeños cambios producidos por la acción social dentro de los límites establecidos por las necesidades mismas del desarrollo económico. Esto significaba la negación de los postulados filosóficos, politicos y económicos del marxismo. Era un ataque al materialismo histórico porque consideraba que en los países más desarrollados la lucha de clases tendía a atenuarse al variar algunas condiciones de la vida social y no era el motor de la transformación revolucionaria. La negativa a dar importancia a la lucha de clases nacía de que Bernstein era contrario a la toma del poder político por el proletariado, al afirmar que las nuevas condiciones de vida política (derecho a asociación, acción parlamentaria y sindical, propaganda, etc.) y económica (cooperativismo obrero, mejoras salariales y de vida, etc.) debidas en gran parte a los medios de presión proletarios (sindicato y partido) hacían entrever una paulatina y "deseable" atenuación de la lucha de clases. Interpretaba así erróneamente la frase de Marx en que se decía que "el proletariado organizado y cohesionado, de acuerdo con la tendencia histórica, podía abreviar y atenuar el paso a la sociedad socialista, pero la manera y las fechas no estaban determidadas al margen de la habilidad y valor del partido proletario en sus tareas". En ningún lugar se hablaba de que esta abreviación debía ser por métodos pacíficos.

Además Bernstein ataca los análisis marxistas sobre los mecanismos que mueven la sociedad capitalista propone revisar las teorías de la plusvalía, de la concentración capitalista y afirma que en la sociedad capitalista hay una evidente tendencia al aumento del interés común frente al privado.

Finalmente Bernstein concluye sus teorías con su rotunda afirmación de que era posible que los movimientos proletarios se adaptasen ante la flexibilidad de la sociedad capitalista a una estrategia "pacifista". Este nuevo "socialismo conciliador" establecería relaciones pacíficas entre las naciones y las clases, puesto que el capitalismo evolucionaría progresiva y pacíficamente hacia el socialismo. El partido socialista debería así recoger las aspiraciones reformistas y democráticas de otras clases ya que la transformación socialista de la sociedad no debía ser patrimonio exclusivo del proletariado, puesto que la dictadura del proletariado era incompatible con los "principios democráticos", al margen de que en su opinión la clase obrera europea no estaba preparada para la toma del poder.

Esta renuncia a la dictadura del proletariado y la tácita alianza con la izquierda burguesa, viene completada con la justificación del colonialismo por razones humanitarias y civilizadoras, sin que vea en él síntoma alguno de explotación capitalista.

Estas argumentaciones de Bernstein concluían con la petición de un radical cambio en la estrategia y táctica del movimientp socialista.

EL REFORMISMO CONSECUENCIA PRACTICA DEL REVISIONISMO

El revisionismo, como cuerpo doctrinal principalmente teórico, no ha de identificarse forzosamente con el reformismo que surge de consideraciones de política práctica, pero no hay duda que una desviación ideológica, como es el revisionismo, conduce en la práctica a una desviación política, como es el reformismo.

Pese a la condena general del revisionismo a nivel ideológico por parte de los principales líderes del socialismo, su influencia a nivel práctico, en la manera de actuar de la S.D. alemana y en el pensamiento práctico de sus dirigentes, fue muy grande.

Por una parte, reafirmó la creencia en la importancia capital de la utilización del parlamentarismo como medio más idóneo para hacer imposibles los gobiernos burgueses e imponer con una mayoría parlamentaria, que en su creencia pronto estaría asegurada, una serie de reformas radicales.

Esto implicaba la necesidad de contar con el apoyo electoral de fuerzas no proletarias (campesinado, pequeña burguesía, etc.). Así, la S.D. alemana cayó en el juego de intrigas parlamentarias, de pactos, alianzas y coaliciones para lograr una mayoría parlamentaria, convencidos sus dirigentes de que, una vez conseguida, los resortes del estado aristocrático-burgués permitirían democráticamente la "socialización" desde arriba. Esta política hacía necesaria una táctica política de moderado contenido revolucionario -para no asustar a los electores no proletarios- que a la larga convirtieron el partido S.D. en un grupo reformista y especialmente moderado en sus objetivos políticos inmediatos. La social-democracia alemana pasó del

oportunismo más descarado -intentos de conseguir un objetivo revolucionario con una práctica electoralista moderada- a un práctico reformismo.

Esta evolución se hizo patente en el contenido político que se dio a la labor de los sindicatos. Hasta entonces la S.D. había tenido la tendencia a utilizar los sindicatos para reclutar cuadros políticos para desarrollar la conciencia socialista de la clase trabajadora, dejando en segundo plano los posibles éxitos económicos obtenidos en las disputas con la patronal. La explicación que daba la S.D. de este modo de proceder era perfectamente correcta: subrayaba que la lucha económica nunca sería suficiente por sí sola para conseguir la emancipación obrera ya que siempre se encontrarían haciéndoles frente el poder económico y el poder político unidos de las clases gobernantes, situación que sólo podía cambiar con el derrocamiento del estado capitalista, esto es, por medio de la lucha política revolucionaria. Sin embargo, la expansión económica dio como resultado la proliferación de las victorias sindicales en el terreno reivindicativo; y así la tesis revisionista según la cual los trabajadores debían emplear su poder a fin de asegurar que el estado estableciese una legislación protectora y para conseguir mejoras salariales porque el camino hacia el socialismo era la sucesión de ganancias fragmentarias, fue ganando adeptos entre los líderes sindicales. Para éstos el sindicato tenía una actividad política semejante a la del partido y no la de mero auxiliar en la lucha por la sociedad socialista.

Las tendencias reformistas de los sindicatos fueron introduciéndose en el partido (condena de la huelga general por parte de la S.D. en 1906).

La S.D. jugaba la baza electoralista sin preguntarse si todos los que la votaban estaban dispuestos a luchar por la toma del poder en un enfrentamiento decisivo con el estado burgués. Se definía revolucionaria y posponía la revolución a la victoria electoral. Sus dirigentes, lejos de estimular a los verdaderos partidarios de la lucha revolucionaria, hicieron lo posible por acallarlos. Se convirtieron en verdad en unos reformistas vergonzantes que, al no reconocerlo en teoría, no obtenían los resultados que la política reformista lleva en la práctica. Su actuación ambigua entre el marxismo y el revisionismo hacía que teóricamente se sintieran incapaces de renunciar al marxismo, aunque en su actuación no podían escapar del revisionismo. En la práctica la S.D. alemana se convirtió en un grupo tan reformista como los sindicalistas de las Trade Unions.

LA II INTERNACIONAL, INSTRUMENTO DE LA BURGUESIA

La 1ª Guerra Mundial no cogió a nadie por sorpresa. Desde finales de la primera década de siglo la segunda Internacional, en su congreso de Stuttgart (1.907), había señalado el peligro de guerra en la progresiva agudización de las contradicciones entre las potencias imperialistas por el reparto del mundo, en gran parte debido a la aparición de una potente Alemania capitalista que había llegado tarde al reparto de mercados y colonias.

Los líderes oportunistas de la S.D. europea renegaron de las reso-

luciones tomadas por sus partidos en 1907 y 1912. Incitaron a los trabajadores a luchar por la defensa de su país, es decir, a ser carne de cañón de su propia burguesía. Votaron los créditos de guerra en cada parlamento nacional. Entraron como ministros en los gobiernos burgueses y no dudaron desde estos puestos en reprimir a los grupos minoritarios de internacionalistas que propugnaban, de acuerdo con las resoluciones de 1907 y 1912, en cuya redacción intervino Lenin, el boicot a la guerra imperialista por la huelga, el amotinamiento de las tropas y su transformación en cada país beligerante en guerra civil revolucionaria. Sólo la fracción bolchevique de los socialdemócratas rusos con Lenin a su cabeza luchó consecuentemente por este objetivo. Dirigió en Rusia el proceso que culminó con la toma del poder por los obreros, campesinos y soldados en 1917 y la firma posterior de la paz por separado con Alemania, y aglutinó a su alrededor, en el movimiento socialdemócrata europeo, a los núcleos de marxistas internacionalistas (conferencias de Zimmerwald en 1815 y Kienthal en 1916). Al mismo tiempo desenmascaraba a los elementos centristas de cada partido socialista -los socialpacifistas -, cuya función de parachoques de los renegados socialpatriotas consistía en vaciar de todo contenido movilizador, revolucionario, las propuestas de los internacionalistas, a base de oponerse de palabra al apoyo dela S.D. a la guerra imperialista y evitar de hecho todo enfrentamiento con los socialpatriotas, toda acción concreta para explotar la situación revolucionaria creada por la guerra.

Fueron luego estos grupos reducidos de internacionalistas consecuentes, los que crearon los primeros núcleos de los partidos comunistas (desde los primeros meses de 1919 hasta el comienzp de los años veinte), los partidos vinculados por la III Internacional (Komintern), fundada en 1919 bajo la dirección de Lenin y el Partido Comunista Bolchevique de Rusia para acabar de una vez con la influencia entre las masas del "cadàver putrefacto" de la II Internacional en manos de sus dirigentes corrompidos. Si bien la desacreditada II Internacional no desapareció, y hasta continúa agrupando en nuestros días a los políticos burgueses "reformistas", una vez borrados los restos de palabrería marxista que seguía arrastrando desde 1918, a partir de entonces la parte más combativa del proletariado se empezó a organizar alrededor de los jóvenes partidos comunistas del Komintern.

Así pues, la guerra mostró al proletariado el fracaso absoluto -que tuvo que pagar con un elevado precio de sangre- de la II Internacional, reveló lo que habían disimulado las enfáticas declaraciones de fidelidad al marxismo, a los intereses generales de la clase obrera en la preguerra: la transformación de la S.D. en un elemento políticamente controlado por la burguesía para castrar la acción revolucionaria del proletariado, para desviarlo hacia la conquista de frágiles y provisionales reformas.

Enjuiciar este fracaso como una "traición" llevada a cabo por la mayoría de los dirigentes de cada sección nacional de la II Internacional, sería simplificar demasiado el problema. Como dice Lenin, el desarrollar una organización obrera que atendiese a las

posibilidades legales (parlamento, etc.) es perfectamente correcto. Pero hacer que atendiese a ellas y sólo a ellas y prescindir de la enseñanza básica del marxismo, la necesidad de destruír por la fuerza el estado burgués, aún el más democrático, como instrumento que es de opresión de clase, significa ser incapaz de luchar en una situación distinta a la del quehacer cotidiano por los derechos elementales de la clase obrera (salarios, condiciones de vida, libertades básicas), en una situación objetivamente revolucionaria, para la que hace falta una vanguardia de clase políticamente unida, disciplinada, bien asentada en las masas, cuya acción principal ya no es parlamentaria o reivindicativa, es ilegal y violenta. Significa ser incapaz de reacciónar ante la presión de la burguesía, doblegarse a su política hasta arrastrarse servilmente, con la esperanza de que, al no haber roto la legalidad, alguna tajada se va a sacar. Significa desarmar al proletariado cuando la revolución está a la orden del día. Y, en el caso concreto de 1914-18, significa, además, enviarlo al matadero en nombre de la defensa de los intereses "nacionales" de cada burguesía.
